

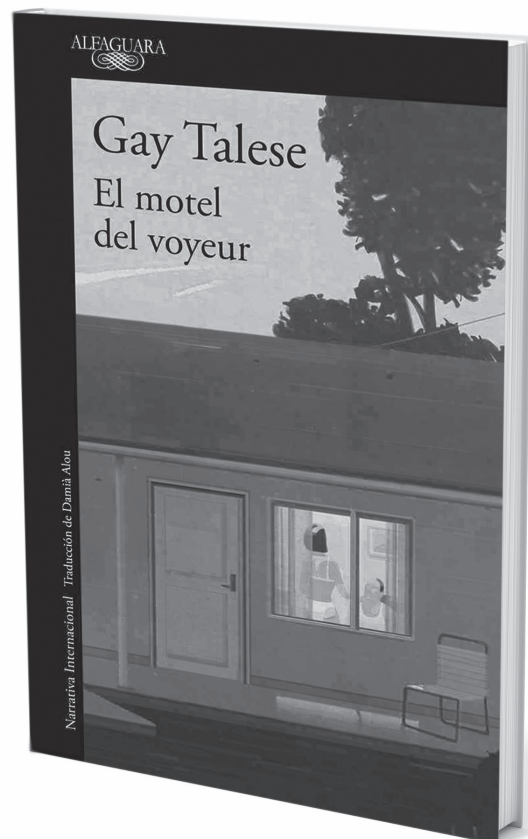
# La morada del voyeur

Francisco Goñi

POCOS LIBROS DE RECIENTE PUBLICACIÓN han levantado tanta polémica, causado contrariedades en las buenas costumbres y despeinado a los lectores convencionales como la última entrega del maestro del periodismo narrativo Gay Talese. En *El motel del voyeur*, el mítico autor de *Honrarás a tu padre*, inspiración de *Los Soprano*, presenta con elegancia las tablas literarias que ha forjado durante décadas. En poco más de doscientas páginas expone al juicio de los lectores un caso por demás controversial que dejará a muchos boquiabiertos, pues de inmediato se preguntarán si la historia aquí contada pertenece a la imaginación literaria o realmente estamos frente un hecho verídico. Por si fuera poco, aunque la historia se origina en los años sesenta, evade totalmente la caducidad que podría imponer el sentido común, al menos en lo que se refiere a la ética, el espacio público *versus* la intimidad, el sexo, el placer, el hedonismo y la muerte.

Talese, hacia los lejanos años ochenta, ya nos había deleitado con *La mujer de tu prójimo*, un libro de investigación muy interesante sobre el paisaje sexual en Estados Unidos después de la revolución social de los sesenta y setenta. Innumerables voces como la de Hugh Hefner, fundador de *Playboy*, se recogieron mediante entrevistas que nuestro escritor italoamericano realizó, llegando al extremo de comprometer su propia intimidad con tal de sacar a la luz los testimonios más veraces.

Por su parte, las páginas de *El motel del voyeur* cobran vida cuando Talese recibió una carta extraña y anónima desde Colorado, la cual contaba que una persona, para dar rienda suelta



*El motel del voyeur*  
Gay Talese  
México, Alfaguara, 2017, 232 pp.

a su irrefrenable placer de mirar, adquirió con los ahorros de su vida un motel. Primero lo acondicionaría perfectamente con todos los materiales especiales, crearía pasadizos superiores y recovecos. Después buscaría los mejores ángulos para tener toda la visibilidad y espiar a sus huéspedes. Una vez encontrado “el mejor palco”, se dedicaría a observar en complicidad con su esposa. En el día a día, el dueño del motel fue testigo de todo tipo de escenas, desde las más cariñosas hasta las más sexuales, decadentes y pervertidas. Su testimonio lo registró durante más de quince años en apuntes que posteriormente se los enseñaría a Talese. El trato era que si Talese se interesaba en contar la historia del motel, dejaría en anónimos los nombres de los huéspedes y del voyeur mismo.

Gay Talese, con su acostumbrada curiosidad en temas políticamente incorrectos, aceptó contar el relato de Gerald Foos y su motel porque veía en la bitácora del voyeur una muestra real y palpitante del comportamiento sexual de su país, tema que —como mencionamos— lo sedujo en décadas anteriores. En esta ocasión, sin embargo, la gran diferencia estribó en poseer la información sin necesidad de entrevistas, sin el filtro de la subjetividad y el pudor. Tenía de pronto en sus manos un material valiosísimo que difícilmente podría haber llegado de otra forma.

Las miles de páginas que escribió con letra temblorosa Gerald Foos, el voyeur, las fue recibiendo Talese en bloques de fotocopias. Posteriormente, escogió las más interesantes y de anécdotas más fuertes. El termómetro social que encontró, como era de esperarse, reveló que el sexo se acompaña muchas veces de toda la gama de pasiones e inmundicias humanas: el machismo, la exclusión social, la violencia y, desde luego, cualquier tipo de perversión. Como sea, las historias estaban ahí y no se podían perder, porque en conjunto hablaban de una transición necesaria hacia la liberación sexual: no sólo los blancos acudían a lugares apartados para tener sexo, ahora también la gente de color, no sólo en parejas, no sólo personas del mismo sexo. La vergüenza se diluyó y los demonios de la sociedad americana salieron de la caja de Pandora.

Asimismo, el relato comparte experiencias duras de sobrevivientes de guerra que en la cita sexual revelaban las fisuras de sus psiques y cuerpos, el erotismo en la edad madura y el placer melancólico. Este “laboratorio”, como lo consideraba su creador, diseñado y pensado para elucubrar, registrar y sacar conclusiones de la sociedad y su sexualidad, mostró verdaderamente las cosas que suelen callarse en la esfera pública pero que habitan en los oscuros sótanos del inconsciente. Ejemplos que Sigmund Freud atesoraría y les dedicaría largos tratados como el incesto entre dos hermanos

adolescentes que se la pasan quemando yerba, o un pastor protestante masturbándose a escondidas con pornografía, o un hombre que distrae a su pareja para llenar su bebida con orina y pedirle después opinión sobre el whisky de su copa.

En conjunto, el álbum de anécdotas del laboratorio podría ser un cuaderno moderno de psicología, antropología o sociología. Quizá por eso, Talese encontró tanto interés en esta cumbre del voyeurismo. Al momento, no tenía registrado un caso de este nivel.

Dado lo turbio de su naturaleza, *El motel del voyeur* no podía tener final feliz. Entre tanta efervescencia que presencié el voyeur, no faltaron un asesinato, robos, golpes y violaciones. El “laboratorio” que le habría brindado tanta dicha, ahora era una bomba de tiempo. Y el dilema de denunciar a las autoridades todos los atropellos era cada vez más complejo porque atentaba contra su propia integridad, ya que seguramente sería investigado y encarcelado por complicidad y silencio.

Lejos de toda ética, Gerald no denunció el asesinato que presencié. Sin embargo, confesó a Talese la escena con lujo de detalles. Esto supuso también un dilema para Talese: acudir o no a la policía. Pero el convenio de confidencialidad que el voyeur la había hecho firmar años atrás lo detuvo. Las cosas no trascendieron y tanto el voyeur como Talese siguieron con sus vidas. Incluso, gracias al contrato de confidencialidad, Talese dejó de prestar atención puntual a las entregas periódicas que le llegaban y se dedicó a escribir e investigar sus otros libros.

El tema revivió en 2013 cuando Gerald, ya retirado y viejo, con el motel vendido, decide buscar a Talese; creía estar listo, casi a sus ochenta años, para publicar todo y con nombres reales, al fin habían pasado décadas de sus prácticas y la ley probablemente no lo perjudicaría. Tuvieron un último encuentro para preparar la publicación del libro. Talese preguntó:

—¿Cómo le gustaría que le describieran en la prensa cuando haga pública su historia?

—Espero que no me describan como un perverso (...) Me considero un pionero de la investigación sexual.

El motel Manor House se vendió en 1995 y unos años después se demolió para que construyeran unos complejos habitacionales. El voyeur se jubiló y libró el peso de la justicia por haber hurtado la intimidad de sus huéspedes.

El libro de Talese, a principios de año, se convirtió en el más vendido en el género de no ficción en Estados Unidos y en breve se llevará a la pantalla grande. Después de todo, se eternizará la morada del voyeur. 